

Jueves, 24 de enero 2013

CULTURA

Artículo de 

En las entrañas de la Biblioteca Nacional

Magazine | 30/11/2012 - 12:59h



La sede de la Biblioteca Nacional, en el 18-20 del paseo de Recoletos de Madrid, que antaño acogió un convento Dani Duch

ANTONIO LOZANO

La vida imita al arte mucho más que el arte imita a la vida”, sentenció Oscar Wilde. Uno de los más rotundos ejemplos se encuentra a buen recaudo en las entrañas del número 18-20 del madrileño paseo de Recoletos, donde antaño se levantaba el convento de agustinos recoletos en el que el escritor y diplomático Diego Saavedra Fajardo exhaló su último suspiro. Dentro de una cámara acorazada de la actual Biblioteca Nacional reposa el manuscrito de *El aleph* de **Borges**, aquel cuento donde se hablaba de un disco que contenía todos los puntos del universo. Más allá de la excepcionalidad de que exista el documento en sí mismo, dada la afición del maestro argentino a destruir sus originales y trascendiendo la bella simetría que supone que una de las obras más representativas de su visión del mundo como una inmensa biblioteca esté depositada en una de ellas, lo verdaderamente asombroso es que ese disco imaginario tiene una de sus más ambiciosas réplicas terrenales en el lugar donde reposa el texto que cuenta su historia.

Con sus cerca de 29 millones de documentos, repartidos entre el majestuoso edificio histórico y las instalaciones de su hermano moderno en Alcalá de Henares, la **Biblioteca Nacional** es un agujero negro que aspira conocimiento, un pozo sin fondo que crece a razón de 900.000 documentos anuales (20 toneladas de material al mes) que clasifica y pone al servicio del público para garantizar la preservación y la transmisión de todos los libros publicados en España, así como de una ingente colección de activos culturales de toda época y condición.

Puesto que tanto la compra de fondos por el Estado, que tiene preferencia de tanteo sobre colecciones valiosas, como las donaciones particulares son muy excepcionales, la *bestia* se alimenta básicamente del denominado depósito legal, creado mediante un decreto de 1716 y que ha atravesado múltiples ajustes. Este ha obligado a impresores y editores de toda España a entregar copias de cuantos documentos han comercializado (hoy son sólo los segundos quienes libran dos muestras, una de las cuales se queda, por lo general, perennemente en depósitos, mientras que la otra se destina a consulta).

Con un carnet de investigador o de usuario, un visitante tiene acceso, bien de forma manual o a través de las versiones microfilmadas o digitalizadas, a códices medievales, vídeos Betamax, una primera edición de *El Quijote* (1605), partituras de óperas del romanticismo alemán, atlas flamencos, carteles de la Guerra Civil, ex libris, cerca de 158.000 títulos de prensa y revistas, DVD, postales, libros de navegación, fotos, pliegos de cordel, dibujos, grabados, árboles genealógicos, estudios heráldicos y una lista interminable.

La semilla de la Biblioteca Nacional partió del jesuita Pierre Robinet, confesor de Felipe V, que convenció al monarca de poner su fondo bibliográfico y colección de medallas —obtenidos en gran medida por medio de saqueos a enemigos, fueran estas potencias extranjeras o nobles del bando opuesto— a disposición de una minoría de privilegiados, a partir del 1 de marzo de 1712. Una fracción de los ingresos procedentes del tabaco y de los naipes se destinó a la adquisición de nuevos ejemplares, si bien fue la desamortización cultural de 1869, que barrió para el Estado los archivos, bibliotecas y colecciones de los estamentos eclesiástico y militar, lo que propició su despegue. Su localización definitiva fue inaugurada en 1896, 60 años después de que sus fondos se desligaran del patrimonio de la Corona y la biblioteca adquiriera su nombre actual y democratizara su acceso. Bombardeado durante la Guerra Civil, el edificio permaneció cerrado durante la contienda, y sus fondos más valiosos se trasladaron a Valencia.

Con 99.334 metros cuadrados de superficie y el grueso de los mil empleados de la institución, la sede señorial de la Biblioteca Nacional es una ciudad cuyo exoesqueleto parece el de una criatura prehistórica, pero que, por dentro, funciona como una máquina de alta precisión, donde la tecnología más avanzada contrasta con la abundancia de mármol, madera y millares de frágiles documentos que han navegado océanos de tiempo. Un dinosaurio asistido por un ejército de expertos en las más variadas disciplinas y por métodos científicos volcados en mantenerlo joven.

Manuscritos, incunables, libros raros

En este departamento no hay lugar para un manuscrito con menos de 182 años. La sala Cervantes, así llamada porque custodia las obras del escritor, vendría a representar la tumba de los faraones. No hay nada a la vista, ya que sus incunables e impresos, que van del siglo XVI hasta principios del XIX, se guardan en cámaras a temperatura y humedad estables. A menos que haya una justificación investigadora (o periodística), sólo se muestran reproducciones digitalizadas o en formato microfilme. Enfundadas las manos en guantes blancos, la directora del departamento, Teresa Mezquita, deposita sobre un cojín de poliuretano que permite una apertura máxima de 90 grados un libro de horas del siglo XV. La Biblioteca Nacional dispone de una de las mayores colecciones de estas joyas bibliográficas que se fabricaban con pergaminos o pieles de animales preparadas y pigmentos que salían de machacar piedras semipreciosas. La preciosa combinación de orlas, miniaturas, caligrafía y *drôleries* en sus páginas (el grueso de la pintura medieval se conserva en libros, no en pinturas) transporta al visitante a un convento medieval, ensueño del que se sale cuando se advierte que lo que se ha tomado por lámparas sobre las mesas son cámaras de seguridad que refuerzan las que penden en diversos ángulos del techo.

El manuscrito del *Cantar del mio Cid*, el libro de horas de Carlos VII, los *Epigramas* de Marco Valerio Marcial o un islario de 1486 son algunos ejemplos que han hecho de la colección de incunables de la Biblioteca Nacional una de las más completas de Europa. Pero la joya de la corona la componen los códices de Leonardo Da Vinci, un 10% de los escritos del genio renacentista existentes en todo el mundo. Se encuentran en buen estado de milagro, pues protagonizaron una de las incontables anécdotas que atesora la biblioteca: permanecieron siglo y medio en paradero desaparecido porque, se supone, un bedel los empujó por descuido al fondo de una estantería que fue cegándose con sucesivas capas de material bibliográfico.

Mucha peor suerte en el plano conservacionista corrió un ejemplar de la primera edición de *El Quijote* (1605), una de las cuantiosas víctimas del furor por probar reactivos químicos en el siglo XIX. Se da la paradoja de que muchos volúmenes del siglo XVIII y anteriores están más lozanos que los que datan de la revolución industrial hasta los años 20 del XX, un periodo de experimentación con diferentes tipos de papel y de tintas que se reveló desastroso. Al *Ecce Homo* de Borja no le faltan ancestros.

De la sala Cervantes, que tuvo en una investigadora inglesa llamada Margaret a la primera persona que entró con un ordenador personal y donde abundan fetichistas de un asiento en particular, no sale nada sin una orden ministerial y un seguro estratosférico. Últimamente tampoco entra apenas nada, pues el Estado carece de recursos para pujar en subastas. La ley del Patrimonio le otorga el derecho al primer tanteo, por lo que si alguien tiene un tesoro bibliográfico en casa y le pillan cruzando con él la frontera, puede ser acusado de un delito de contrabando. El departamento no cesa de elaborar informes para el Parlamento y la policía.

Restauración y sala de digitalización

Los departamentos de restauración y encuadernación y de digitalización buscan preservar y facilitar la consulta de los documentos, si bien una sala remite a un taller artesanal, y la otra, a un hipertecnificado laboratorio. Al restaurador Arsenio Sánchez le llegan abundantes casos terminales, verdaderas ruinas que se pensaría que van destinadas a la papelera después de que el agua, el fuego, los hongos, las bacterias, los insectos y demás asaltantes se hayan dado un festín. Una vez ha detectado los síntomas, este controlador de los procesos de destrucción se vuelca en su antítesis: un proceso de estabilización física, química y de reintegración estética. Su mundo se compone de acetona, sulfatos, disolventes... y recurre a técnicas orientales como el karibuki, una mesa japonesa empleada para ceremonias que se ha revelado una excelente superficie para el secado.

La misma eficiencia a partir de métodos rudimentarios se respira en la sala de encuadernación, donde un equipo de batas blancas trajina con tornos y escuadras. Con todo, señalan que los tizeretazos también han llegado a la sanidad documental. Los libros que pasan hoy por un concienzudo proceso de restauración son una minoría. En los años 60 y 70, en cambio, era moda ingresarlos al primer síntoma de resfriado.

El paso de un documento por los cuidados intensivos que procura la sala de restauración permite su desembocadura en la sala de digitalización, donde se escaneará y colgará en la web (Bne.es). Mediante un convenio con Telefónica, la Biblioteca Nacional se halla inmersa en una digitalización masiva de sus fondos, a partir de la cual se está construyendo la Biblioteca Digital Hispánica, que lleva más de 80.000 referencias, donde se incluyen desde carteles de la Guerra Civil hasta dibujos de arquitectura del siglo XVIII, grabados o registros sonoros musicales. Pese al ritmo frenético de trabajo —se digitalizan unas 30.000 páginas diarias—, hay millones de documentos en espera. “Nuestros nietos seguirán”, comenta un joven empleado al frente de un escáner.

Bellas artes y cartografía (Sala Goya)

El mundo antes del GPS. Esta es la primera sensación que se tiene al entrar en el departamento de cartografía y toparse, tras la mesa de trabajo de la directora, Carmen Lite, y protegido por un filtro contra los rayos ultravioleta, con un colosal mapa de 1687 donde el ingeniero militar Ambrosio Borsano plasmó la división territorial de Cataluña durante la época de los Austria. Contemplar el primer globo terráqueo realizado por el cartógrafo español Tomás López en el último tercio del XVIII transporta a una adorablemente ingenua fijación de los límites del mundo acometida sin precisos instrumentos de medición ni observaciones astronómicas.

Entre estas paredes convive lo antiguo —atlas flamencos, cartas portuláneas (que muestran líneas de costa) del siglo XII y mapas de fuga que llevaban escondidos los pilotos aliados al adentrarse en territorio enemigo para conocer los puertos, puestos fronterizos y aeródromos que les facilitarían una escapada, y que la leyenda cuenta que también se lanzaban desde el aire sobre los campos de concentración camuflados en tableros de Monopoly— con lo nuevo, sea mapas de guías Michelin o cartas de última generación

estipuladas por la Unión Europea. Con frecuencia, sus fondos, que incluyen 6.000 postales, prestan un utilísimo servicio a la justicia, pues ¿dónde si no se encontraría, por poner un caso, una vista de Torremolinos de 1958 para dirimir un litigio sobre la ley de Costas?

El departamento de bellas artes acoge dibujos, grabados, fotografías, ex libris, carteles, fotografías y libros ilustrados, si bien tiene un encanto muy especial todo lo que se inquite en el apartado "ephemera", materiales gráficos sobre papel que, como indica su nombre, daban cuenta de acontecimientos o productos comerciales de corta vida. Charo Ramos, la jefa de la sección, está al frente de una ingente colección de recortables, calendarios morales, etiquetas de perfumes, cerillas, naipes, cromos, programas de mano, almanaques de bolsillo, envoltorios de caramelos, menús gastronómicos... Un viaje sin escalas a la nostalgia iconográfica de los abuelos y bisabuelos que es oro puro para el sociólogo, el pedagogo o el historiador de arte. Al resto, le permiten esbozar una sonrisa de asombro al toparse, por ejemplo, con anuncios de prensa en los que gobernantes cantan las excelencias de determinadas marcas de tabaco y alcohol.

En la sala Barbieri, llamada así en honor de quien compuso una marcha triunfal con motivo de la colocación de la primera piedra de la biblioteca por Isabel II en 1866 y que cuenta con Amparo Amat como directora, el melómano puede consultar partituras, obras musicales impresas, originales de compositores españoles, libros y folletos especializados, y un sinfín de registros sonoros y audiovisuales. Al contrario que en los otros soportes, aquí abundan las donaciones, muy especialmente de discos de pizarra y vinilos. El principal objetivo es que no se pierdan los valiosos archivos personales de intérpretes, compositores y críticos musicales, al tiempo que un gran desafío es incorporar las grabaciones de sello español que se producen de forma creciente en el extranjero y las que sólo existen on line.

Dotada de cuatro puestos de audición y todo tipo de reproductores, aquí puede accederse a discos perforados del XIX, rollos de pianola, cassetes, hilo magnético, CD... Puede escucharse una pieza de Haydn, una zarzuela o un recital poético, pero también discursos políticos, si bien todo aquello con fecha anterior a 1931 está reservado a los investigadores.

Depósito y atención al público

Unos 60.000 usuarios pasan anualmente por la sala de prensa y revistas, que dispone de un inhibidor de teléfonos móviles, para consultar publicaciones en microfilm o digitalizadas en discos CD- ROM y DVD, ya sea el periódico de ayer o uno del siglo XVII, cuenta la responsable, Piedad Martínez. Una multitud de hispanistas (muchos, franceses y anglosajones) coincide con medievalistas e investigadores (el más longevo reclama estos días un homenaje con motivo del 50 aniversario de su carnet), estudiantes y otros ciudadanos de toda condición en el impresionante Salón General de Lectura, cuyos 308 asientos datan de 1896.

Los depósitos se reparten en 12 pisos, tres subterráneos, donde se enfilan 500.000 metros lineales de estanterías de hierro que fueron diseñadas por un discípulo de Alexandre Gustave Eiffel y que, colocadas una a continuación de la otra, medirían 300 kilómetros. Un generoso número de los incontables ejemplares que reposan en ellas –ordenados por tamaño– están recubiertos por una funda alcalina que contrarresta la acidez del papel y evita contagios con los vecinos.

La biblioteca custodia 2,5 millones de joyas, que van desde grabados de Rembrandt, Goya o Velázquez a la más completa colección de fotografías de la Guerra Civil, del catecismo de Pedro de Gante al manuscrito de *l trionfi* de Petrarca, pero sólo 40 de ellas reposan en la cámara de seguridad, cuyo código de acceso poseen cuatro personas y que, cuentan, consiste en un cuartito minúsculo que por fuera parece que da acceso al cuarto de las escobas. Hay que recordar que antes del robo del Códice Calixtino de la catedral de Santiago de Compostela, la desaparición en el 2008 de los mapas pertenecientes a la obra **Cosmografía** de **Claudio Ptolomeo** –más conocidos como *los ptolomeos*– le costaron el cargo a la entonces directora, Rosa Regàs.

Mientras que frente al aumento de los costes, diversos centros bibliográficos de prestigio internacional han decidido cruzar los dedos antes que meterse en una inversión, la Biblioteca Nacional ha reforzado los sistemas de vigilancia. Hoy serían imposibles, por ejemplo, los sabotajes de antaño, ya que, a imagen y semejanza del citado bedel que no amaba a Da Vinci, el enemigo interior ha sido protagonista del peor saqueo dentro de los muros de la biblioteca: no existen colecciones enteras de tebeos antiguos porque los empleados engrosaban con ellos (y con cromos, calcomanías, pegatinas y otros productos de la cultura popular) sus archivos caseros.

Proceso técnico

Reviste coherencia que la actividad en la que nadie suele pensar –el recorrido que completa un documento desde que entra en la biblioteca hasta que llega a manos del usuario– se desarrolle en las catacumbas del edificio. Bajo el denominado "proceso técnico" se recibe, evalúa, clasifica y cataloga todo lo que aterriza en la Biblioteca Nacional. El 95% del material entra por depósito legal, señala la jefa de sección Concha Jiménez, después de que los editores de toda España depositen dos ejemplares de cuanto producen en alguna de las 56 oficinas repartidas por España (con todo, el material editorial procede en un 80% de Barcelona y Madrid). Apenas el 5% ingresa por compra, canje o donativo. Los días en que los camiones de reparto acuden a volcar el *botín*, los almacenes subterráneos acogen una danza de palés que sueltan cajas y más cajas por todos los rincones. El trajín, comentan, recuerda a una lonja de pescado en hora punta.

Registrar cada documento cuesta siete euros, que hay que multiplicar por 900.000 unidades al año (en épocas de bonanza, si un periódico sacaba más de una edición, se consignaban todas). La hiedra es tan voraz, que la mayoría de los documentos acaba depositada en la sede de Alcalá de Henares, provista de un edificio inteligente que cuenta con un robot capaz de extraer en tiempo

récord un título entre millones.

¿Y el insondable universo virtual? Para capturar los contenidos de los dominios .es se recurre a una empresa californiana. Con el software Internet Archives se realizan cinco pantallazos al año que registran archivos de internet. En el caso del libro físico, tras una rápida clasificación previa en la que se le coloca el tejuelo (etiqueta en el lomo que indica la materia, título, autor...), llega el momento de que uno o más expertos procedan a catalogarlo.

La institución cuenta con especialistas en todas las áreas imaginables (incluso se dice que uno habla esperanto). Mar Hernández, directora del departamento de proceso técnico, apunta que, para precisar la búsqueda, hoy se introducen muchos más datos que antes y el volumen de trabajo ha crecido de manera bárbara: si en 1998, 118 personas catalogaban 35.000 títulos, ahora 100 personas hacen lo propio con 100.000. Todas las bibliotecas del mundo miran, dice, lo que hace The Library of Congress de Washington, modelo que seguir y pionera en la mayoría de avances en materia de biblioteconomía y documentación. Vista la labor de Sísifo que se despliega, no es de extrañar que florezca el humor negro con áreas adoptando apodos como “pudridero” o “vientos alisios”. Nadie sabe si de aquí a otros 300 años, la Biblioteca Nacional volverá a albergar un convento, si la cultura, como apunta Mario Vargas Llosa, continúa por el camino de la prima de riesgo. Mientras tanto, ofrece casi 30 millones de motivos para disfrutarla.